



## Reflexiones acerca de *Con una sola pierna* o cuando Oliver Sacks fue su propio paciente o una excusa para pensar la teoría de Oliver Sacks<sup>1</sup>

Daniel Matusevich

En un reciente reportaje John Banville planteó que la tarea del artista consiste en mostrarnos lo extraordinario que es lo ordinario; en el caso de Oliver Sacks podríamos invertir la fórmula, ya que él se dedica a lo largo de su obra a iluminar lo ordinario que es lo extraordinario con sus historias reales y verdaderas (en el sentido planteado por Leila Guerriero, creo yo) de gente que vive o atraviesa mundos especiales. Son personas (le paso al mismísimo Sacks en su vida) que no pueden escapar a la irremediable fatalidad de ser ellos mismos.

En el mismo reportaje Banville le agradece a Dios no pertenecer a ninguna escuela, afortunadamente podemos decir lo mismo de nuestro autor, quien sistemáticamente rehúye a todo tipo de intento clasificatorio para seguir siendo él mismo; considero que el fenómeno de la inclasificabilidad es uno de los que más nos atrae: las etiquetas que facilitan no dejan de ser trampas que bajo una falsa luz intentan aclarar el sentido de las cosas, mientras el mismo permanece inasible.

Creo que la literatura de Sacks es la literatura del aceptar más que la literatura del comprender, ya que solo aceptando a sus increíblemente reales personajes podremos acceder al alma de sus historias; es muy probable que esto decepcione a más de un fan de la originalidad, seguramente alejados de aquello de que la verdadera fuerza del arte radica en su dependencia y constante renovación de la tradición (nuevamente viene a mi rescate Banville). Así es que en su obra solo encontraremos historias, al igual que sucede con Dickens, Cervantes, Mann o Bioy, por mencionar unos pocos.

El libro que nos ocupa comienza con una cita de Montaigne que dice algo así como que antes de ser médico es necesario haber pasado por todas las enfermedades que se pretende curar. En caso contrario es como un pintor que pinta mares, rocas y puertos sentado a su mesa, pero que cuando se lo enfrenta al problema real no sabe por dónde empezar. Esta cita no es casual, en realidad en Sacks nada lo es; en repetidas ocasiones insiste acerca de la experiencia o de las experiencias que el médico debe vivir en su propia vida, como si estas fueran una suerte de carnet que lo habilita para acompañar a los pacientes en su jornada a través del sufrimiento. La vida del terapeuta y sus experiencias (o inexperiencias) es un tema bastante soslayado en la literatura, el psicoanálisis más bien se ha centrado en la contratransferencia y sus vicisitudes mientras que las aventuras del médico y sus circunstancias han quedado en un plano secunda-



**Autor:** Oliver Sacks  
Anagrama, 2010

<sup>1</sup> Este trabajo fue presentado en el Congreso Argentino de Psiquiatría en el mes de abril del 2016.

rio. Vivir una vida ordinaria y pretender ser terapeuta de pacientes extraordinarios es un gran contrasentido y es bueno que los jóvenes médicos que se interesan por este oficio lo aprendan pronto; cómo afecta la tarea del terapeuta la riqueza (o la pobreza) de sus experiencias es una pregunta que creo vale la pena que nos hagamos, Sacks nos enseña mucho a ese respecto, y, por supuesto, tiene una opinión contundente. Tanto en este libro como en su reciente autobiografía encontramos muchísimos elementos de la vida del autor que nos permiten resignificar varias de las historias publicadas en sus libros.

“La ocasión de este libro fue una extraña lesión, o al menos una lesión con efectos extraños, consecuencia de un accidente en una montaña de Noruega. Yo, médico de profesión, no me había hallado nunca en la posición de paciente, y en esta ocasión fui a la vez médico y paciente. Creía que mi lesión (una herida grave pero sin complicaciones en los músculos y nervios de una pierna) sería una cosa normal y rutinaria, y me quedé asombrado ante la profundidad de sus efectos: una especie de parálisis y alienación de la pierna, que la reducía a un objeto que no parecía relacionado conmigo; un abismo de consecuencias extrañas y hasta aterradoras”. Así Sacks describe la experiencia de su accidente; un elemento que vale la pena seleccionar para el análisis son “(...) las sensaciones del horror y de lo asombroso que se ocultan tras la apariencia normal de salud”. En la mayoría de sus relatos queda claramente reflejado que en un segundo se puede pasar de un estadio al otro, quedando plasmada una obra que como pocas aborda la cuestión de la fragilidad de la existencia, o dicho de otra forma: lo poco seguros que son los puntos de referencia que constituyen los esquemas de realidad con los que las personas nos manejamos; pacientes que súbitamente comienzan a padecer alucinaciones, personas que dejan de percibir los colores, gente que no reconoce a su propia esposa y otros curiosísimos personajes se pasean por la obra de Sacks recordándonos que siempre es bueno desconfiar de las apariencias.

Podemos decir sin temor a equivocarnos que encontraremos dispersos a lo largo de sus capítulos un listado de casi todas las obsesiones de nuestro autor, como en casi ninguno del resto de los libros que componen su obra: los fenómenos existenciales relacionados con la enfermedad y con la recuperación, el problema de ser paciente, el problema de dejar de ser paciente, las complejidades de la relación médico-paciente, los diálogos entre los personajes, las críticas al modelo médico convencional, la simpatía por los diferentes, en fin, un verdadero resumen de lo más central de su producción.

Sacks consideró este libro una neurografía o novela neurológica y la comparó con el relato de su maestro Luria *El hombre con un mundo destrozado* (la historia del soldado Lev Sazetsky, de la bala que atraviesa su cerebro y de cómo Luria rompe con la neurología convencional); podemos afirmar que este relato marcó para siempre a nuestro autor y, arriesgando, podemos considerar su obra toda una especie de reescritura de este relato de su maestro. Sazetsky reúne todas las condiciones que se requieren para ser uno de los héroes que protagonizan las novelas y los relatos de nuestro autor (sensible, diferente, con la vida destrozada, sobreviviente,

etc.). Pero como las marcas son muchas, Juan Forn cuenta en una de sus sensacionales crónicas de “Los Viernes” que en un viaje a Buenos Aires se encontró con el improbable *Viaje en torno de mi cráneo*, de Frigyes Karinthy; aquí se narra la historia del tumor de cerebro que afectó al autor, el escritor más popular de Budapest en su lejano tiempo. La historia tiene incontables ecos que remiten a las historias de Oliver, y es ahí que Forn nos relata que el prólogo de una reciente edición inglesa del texto fue redactado por el mismísimo Sacks, quien aparentemente lo descubrió cuando “era estudiante secundario en Londres de posguerra, en una ajada edición popular de divulgación comprada a precio de saldo, y que por ese libro decidió a los quince años que dedicaría su vida al estudio del cerebro”.

Sacks siempre reconoció que la clave de su éxito literario radicó en dar nueva vida a aquella vieja tradición de relatos clínicos, ricos en contenido humano, que tuvo su auge en el siglo XIX y luego se desvaneció con la aparición de una ciencia neurológica impersonal, pese a la resistencia del mismísimo Luria (el último romántico), quien apostaba por una ciencia diferente, con contenido “romántico”. Decía el mismísimo Sacks: “...para situar en el centro de la medicina al sujeto, el ser humano que lucha y padece, hemos de profundizar en un historial clínico hasta hacerlo narración o cuento. Sólo así tendremos un quién además de un qué, un individuo real, una relación con la enfermedad”. Ciencia romántica: no romántica en el sentido de amor romántico, sino en el sentido de los poetas románticos, quienes usaban la narrativa para describir las sutilezas de la naturaleza humana, con frecuencia en contraste con los valores de cuantificación y racionalismo de la Ilustración. Esto tiene muchísima vigencia en nuestro tiempo y en nuestra especialidad, totalmente alejada de cualquier sospecha de romanticismo y totalmente cercana al positivismo más límite, disimulado con los disfraces de la época. Bajo esta luz, la ciencia parecería una contradicción, pero nuestro autor utilizó la narrativa y las ciencias no como oponentes sino como socios complementarios para ilustrar formas de la naturaleza humana que muchos no podían ver, pero que estaban ahí. Personas distintas, cada una con su sufrimiento personal a cuestas, resistiéndose al afán cuantificador y en busca de la intangible aceptación.

Dice Oliver Sacks en el último capítulo: “(...) mi propia experiencia además de servir de incentivo, aportaba, también una calificación muy especial para la tarea. Podría ahora abrirme plenamente a las experiencias de mis pacientes, entrar con la imaginación en sus experiencias y ser accesible y ‘hospitalario’ en aquellas regiones aterradoras. Oiría a mis pacientes como nadie lo había hecho hasta entonces, escucharía sus comunicaciones semiarticuladas y balbuceantes mientras recorrían una región que yo conocía tan bien”. Este recorrido le permite definir un nuevo modelo de neurología, influenciada profundamente por el pensamiento kantiano (sobre todo por la *Crítica de la razón pura*), a la que denomina “neurología existencial”: “es una ontología clínica, una neurología del yo en disolución y creación...”; las experiencias de estos pacientes solo podían ser exploradas a partir de un pensamiento humanista trascendental, muy diferente de la hiperconectividad de estos tiempos, que deja afuera todo aquello que no puede clasificar, como dijimos al comienzo de nuestra presentación ■